

27. Amistad

Paco había telefoneado a su contacto más alto, el Teniente Coronel de Intendencia, don Evaristo Martínez, Jefe Superior de los Servicios de Administración Militar. Ante su insistencia lo recibiría enseguida. Solo había una pega: se había trasladado a Burgos, junto a la plana mayor de su Excelencia.

Antxon y Paco se turnaron al volante las seis horas que tardaron en llegar a la capital militar y administrativa de los nacionales. En el parabrisas del polvoriento coche había un cartel rojo y negro que acreditaba al vehículo para circular libremente por todo el territorio conquistado.

Al llegar al cuartel, los soldados descargaron una caja de madera muy vistosa con una docena de botellas de cognac Martell de cinco estrellas y otra caja con treinta cartones de puros Voltigaire.

—Coño, Paco, solo por esto ya ha merecido que vinieras a visitarnos —dijo Evaristo, un hombrecillo, pequeño y sonrosado, calvo, con el uniforme impecable, y de buenas maneras. Es posible que no diera la talla para batirse con el sable en el frente pero era inmejorable en su función administrativa.

—No hemos venido hasta aquí por la dificultad de nuestro objetivo, que como verás no es tan complicado. Ocurre que tenemos prisa por resolverlo. Mis negocios me obligan a viajar y quisiera terminar cuanto antes —aclaró Paco muy seductor—. Mi

amigo Antonio, aquí presente, socio-conseguidor al otro lado de la frontera tiene una novia que...

—Abrevia Paco, por dios. Que nos conocemos. Dime qué te trae...

—Pues si así lo quieres: Amalia Rodríguez y su hijito Lucas, están presos en la cárcel nacional de Saturrarán, queremos que los liberes —soltó de carrerilla.

—¿Tienen delitos de sangre?

—No, hombre, no, su marido que era rojo. Eso es todo.

—Paco, no es fácil lo que me pides.

Era una buena señal, le guiñó un ojo a Antxon que permanecía callado e impresionado, poner dificultades significaba que se avenía a regatear.

—Pues tú dirás, Evaristo. En qué podemos ayudar al Glorioso Alzamiento, ¿alimentos, municiones? —Paco se precipitó inusualmente, cansado del viaje.

—No, no. Eso lo obtengo relativamente fácil. Necesito dos hospitales de campaña, uno por la madre y otro por el niño. Eso sí, con todo incluido: tienda, camillas, lámparas, antibióticos, gasas, instrumental..., y hasta una cruz roja pintada en la lona.

—Pero, Dios mío, dónde voy yo a... Bueno, lo tendrás —concedió Paco después de cierta duda.

—Por mí como si lo robas a la Cruz Roja francesa —rió su propia gracia el militar.

—Justamente estaba pensado eso.

—Lo sé, amigo, lo sé.

Paco sacó un sobre voluminoso y lo puso en la mesa de su interlocutor, diciendo:

—Permíteme que, además, ayude a la causa con nuestra pequeña aportación. —Antxon presenciaba la escena incrédulo. Ahí se iban sus ahorros.

Evaristo descolgó el teléfono y le ordenó a su ayudante que le pusiera con la Dirección General de Prisiones, allí mismo, en Burgos.

—¿Cómo dices que se llaman?

El general les acompañó hasta el patio, subieron al coche. Don Evaristo admiró el Delage y agachándose hasta la ventanilla del conductor le dijo a Paco:

—Oye, este coche nos vendría muy bien para el servicio. ¿Me lo regalarás o te lo embargo? —Sonrió malicioso dejando en el aire la pregunta.

—Prefiero regalártelo cuando termine con el tema que me ha traído hasta aquí. Nos vamos directamente a Saturrarán, avisa, por favor, que llegaremos esta misma noche, que los tengan preparados —reiteró Paco.

—Tranquilo, Paco, tranquilo. Ten la seguridad de que esa señora y su hijo os estarán esperando. Y tú no te olvides de lo convenido. Buen viaje. —El militar les saludó con la mano al despedirse.

Recogieron a Mentxu en los soportales del Ayuntamiento de Eibar, donde la habían citado por teléfono desde Burgos, y continuaron el viaje por Deba y Motrico hasta llegar a Saturrarán, ya casi de noche.

En la entrada del recinto, Paco enseñó las credenciales que le había dado su amigo Evaristo, los soldados se cuadraron y levantaron la barrera. Mentxu estaba asombrada, recordó cómo no hacía mucho tiempo los falangistas le habían impedido el paso a su querido Ramón que era el militar más honesto que había conocido y ahora todos saludaban con el máximo respeto a un contrabandista. Aunque, había que reconocerlo, de mucho nivel.

El recuerdo de Ramón le pellizcó el corazón, lo quería más de lo que pensaba. O tal vez se sentía

muy sensible y nerviosa ante la posibilidad de recuperar a su hermana y al niño. Todavía no estaba muy convencida, llevaba unos días agotadores, no quería hacerse ilusiones. Cualquier cosa podría pasar.

El coche rodó por la gravilla hasta el cuartelillo, como le habían señalado en la entrada. Paco giró y colocó el morro del coche hacia la salida, puro instinto de quien no se fía de nadie. Les ordenaron que esperaran dentro del automóvil mientras comprobaban la documentación de todos ellos y localizaban a las personas que venían a buscar.

Antxon permanecía sentado en el asiento del copiloto, con la gabardina puesta y el cuello subido, tenía, además, la cabeza cubierta por un sombrero de fieltro. La presencia de soldados franquistas le ponía más nervioso que el propio cuartel general en Burgos, le inquietaba el lugar tan siniestro.

Al rato, el sargento de guardia volvió con los documentos en la mano y, asomando la cabeza por la ventanilla de Antxon, dijo:

—Tiene gracia, hombre. Hoy hemos detenido a un tipo que tiene su mismo nombre. Es común que los espías usurpen otra identidad.

—Pues, la verdad, no me tranquiliza que cualquier tipejo ande por la vida cometiendo desmanes con mi nombre —dijo Antxon, poniéndose del lado del soldado. Entonces tuvo una inquietante intuición y, sin pensarlo, sugirió—: Me gustaría verlo, si no tiene inconveniente. —Al tiempo que se bajaba del coche sacó un fajo de billetes, que puso en la mano abierta del individuo.

—Bueno —concedió.

Un soldado raso acompañó a Antxon al interior y, un poco más tarde, Paco pudo observar por el

retrovisor cómo una monja acompañaba a una mujer con un bulto en brazos. Le enfadó que su amigo se hubiera ido en ese momento tan crucial. Cuando las mujeres se aproximaban al coche, él se bajó y relevó a la religiosa y, una vez que se alejaron un poco de ella, ordenó a la mujer con tono autoritario:

—Por favor, vea lo que vea no diga nada, se lo ruego por la seguridad de todos. —Ella se quedó paralizada por la firme y sorpresiva advertencia.

Abrió la puerta trasera izquierda de su Delage y la introdujo con delicadeza pero con decisión. Su indicación surtió efecto, la mujer no hizo ningún ruido al ver a su hermana junto a ella, le dio al niño, era la primera vez, desde que nació, que se sintió liberada y lloró en silencio largo rato. Mentxu, también advertida y atenazada por los nervios, no se movió ni giró la cabeza, solo acariciaba al pequeño que se mantenía silencioso, con los ojitos abiertos, se había acostumbrado a estar callado.

Ya estaban preparados para partir de aquel infierno y Antxon no había vuelto. Era muy inquietante y peligroso. Había entrado en el cuartelillo siguiendo al soldado hasta la celda oscura. Se la abrieron y se coló hasta el fondo, donde un individuo reposaba sentado, con la cabeza ensangrentada y apoyada en la pared.

Antxon se quedó petrificado al comprobar que aquél era Krispín. Superado el asombro, emoción y rabia, sintió una fuerza y clarividencia inusual. Le habló en un susurro, temeroso de que alguien les oyera. Él intentó abrir el ojo menos amoratado e hizo ademán de sonreír como si con este encuentro hubiera alcanzado su objetivo. Le bastaba volver a encontrarse con su mejor amigo.

Antxon estuvo rápido de reflejos, levantó a Krispín, se quitó la gabardina y se la puso, también su sombrero.

—Krispín. Ahora tienes que andar unos pasos, firme y erguido, tu mujer y tu hijo te están esperando afuera, en un coche negro, no hagas el menor gesto de duda, abre la puerta del copiloto y marcharos. ¿Has entendido? ¿Me oyes? ¡Por Dios, haz lo que te ordeno! —El herido empezaba a negar con la cabeza, dudando. Antxon le apretó los brazos y le dijo al oído—: Hazlo por Amalia, por Lucas y por mí. Te lo ruego. Te lo suplico. Yo sabré arreglarme —le susurró, ordenándoselo con energía.

El supuesto espía, ya vestido con la gabardina larga y el sombrero, miró asombrado a su amigo sin comprender bien lo que pasaba; hacía solo unas horas que lo habían detenido cuando intentaba acercarse a Saturrarán. Luego ya no recordaba nada, pero sabía que iban a fusilarlo, sus recuerdos eran muy difusos, como difusa era la aparición fantasmal de su amigo. No entendía. Abrazó con fuerza la imagen borrosa de Antxon que lo empujaba con determinación hacia la puerta a la vez que llamaba al soldado para que lo acompañara.

Estaba muy oscuro cuando se topó con el coche negro y no tuvo necesidad de abrir la portezuela, lo hicieron desde dentro.

El coche arrancó y penetró en la noche dejando atrás la estela roja de sus luces.

El amanecer despertó con el estruendo de un fusilamiento.